

Un viaje por la historia Siete fases de crecimiento

POR ENRIQUE LLOPIS Y JOSÉ LUIS MALO DE MOLINA

La economía española está saliendo de la severa crisis económica inducida por la pandemia. Una crisis que interrumpió la recuperación de la crisis financiera de finales de la primera década del siglo XXI, cuando todavía no se había consolidado ni se habían absorbido las pesadas cargas de su duro legado. En conjunto, ambas crisis han supuesto una brusca desviación de la senda de crecimiento y modernización de la economía española del periodo democrático y de pertenencia a la UE. La recuperación está sólidamente en marcha, pero es pronto para saber su alcance y si constituirá el punto de arranque de una nueva etapa de crecimiento sólido y sostenible.

La pandemia ha elevado el interés por los reveses demográficos y económicos del pasado. Es indudable que algunas de tales depresiones y crisis han contribuido a generar importantes cambios en el desarrollo de la humanidad; ahora bien, también las recuperaciones subsiguientes a dichas catástrofes han influido notablemente en la historia económica de los distintos países. Tiene, por tanto, gran interés revisar nuestro pasado y contemplar la actual recuperación de la economía española a la vista de las pautas que se siguieron en episodios pretéritos, aunque fuesen en contextos de regímenes económicos muy dispares e, incluso, en etapas en las que los grados de integración de los diferentes territorios españoles eran todavía muy escasos, por lo que las velocidades y derroteros de la reacción fueron bastante dispares en las diversas regiones.

La realidad que está viviendo el mundo demuestra que la influencia perturbadora de los fenómenos demográficos y sanitarios no ha desaparecido y que seguirá siendo una amenaza recurrente sobre el crecimiento, el bienestar y la equidad, si bien el desarrollo económico y los grandes avances científicos han limitado sustancialmente su impacto potencial y facilitado que la reactivación sea más inmediata. Con la finalidad de situar la coyuntura actual de recuperación tras la crisis de la pandemia en una perspectiva histórica se han elaborado una serie de artículos que se publicarán en **Ne-**

La revisión se remonta a la expansión y transformaciones del siglo XV, tras la prolongada y profunda crisis de la Baja Edad Media, en la que la peste negra —tan recordada con la pandemia—

tuvo efectos devastadores. Antoni Furió abrirá precisamente la serie con un artículo sobre la salida de la depresión bajomedieval. Aparte de remarcar los agudos contrastes en la cronología y rasgos de ese fenómeno en los distintos espacios peninsulares, el autor sostiene que la crisis acabó propiciando una profunda transformación de las estructuras productivas, acelerando procesos que, en algunos casos, ya venían desarrollándose desde mucho antes, como la creciente orientación mercantil de la economía y el incremento de la productividad.

Un segundo episodio relevante fue la crisis del siglo XVII y la recuperación subsiguiente, que tuvieron magnitudes y características muy distintas en los territorios interiores y en los periféricos. Gabriel Jover achaca las disparidades a los diversos entramados institucionales, a las diferentes condiciones medioambientales y a los disímiles regímenes señoriales y de propiedad de la tierra.

El artículo de Enrique Llopis, por su parte, examina la vigorosa reanimación tras los severos desastres demográficos y económicos y el prolongado conflicto bélico en los primeros 15 años del siglo XIX. En él se sostiene que tal recuperación se sustentó fundamentalmente en un movimiento roturador de tierras de enorme magnitud, en una economía eminentemente agraria, propiciado por la quiebra del Antiguo Régimen a raíz de la invasión del país por las tropas napoleónicas.

Ya en el siglo XX, Jordi Catalan explica la rehabilitación del crecimiento en la década de 1950, después de 20 años marcados por la depresión internacional de 1929, la Guerra Civil y la aplicación de la versión más radical y perniciosas de la política autárquica e intervencionista del primer franquismo. El autor atribuye este comportamiento a la desaparición de algunos estrangulamientos productivos, al enorme atraso acumulado, a la difusión de la segunda revolución industrial, a la importación de tecnología y al aumento de la capacidad de compra en el exterior.

Tras la fase de rápido crecimiento que siguió al Plan de Estabilización de 1959, la economía tuvo que enfrentarse a la crisis energética de los años setenta. Rafael Myro destaca el papel desempeñado en aquella ocasión por el control de la inflación, las devaluaciones de la peseta y la expansión del gasto público, junto con el revulsivo de la entrada en la CEE, la reforma laboral y la reconversión industrial, en el asentamiento de una sólida fase de crecimiento.

Finalmente, José Luis Malo de Molina se adentrará en la diferente naturaleza de la crisis de la pandemia y la excepcional respuesta de la política económica, que, superando tabúes e inercias, pudo compensar el brusco frenazo de la actividad y sostener las rentas. No obstante, subraya que las innovaciones introducidas han abierto la puerta a retos complejos como la sostenibilidad de las finanzas públicas, la reaparición de las tensiones inflacionistas y la gestión de masivos fondos europeos vinculados a reformas.



La economía española creció un 5% en 2021 tras el impacto de la covid.

BIEL ALIÑO (EFE)

Pandemia

El efecto perturbador de factores como la demografía o la sanidad no ha desaparecido

Lecciones

Echar la vista atrás da una visión sobre las fragilidades y fortalezas de nuestra economía

Y llegados al siglo XXI, Carlos Martínez Mongay analizará la difícil recuperación tras la crisis financiera, agravada por los errores de política económica. Identifica como factores principales la reestructuración del sistema bancario, que hubo de hacerse con el apoyo financiero de la UE; la devaluación interna y la reforma laboral, que sirvieron para corregir el desajuste de competitividad y el cambio de orientación de la política fiscal.

Finalmente, José Luis Malo de Molina se adentrará en la diferente naturaleza de la crisis de la pandemia y la excepcional respuesta de la política económica,

que, superando tabúes e inercias, pudo compensar el brusco frenazo de la actividad y sostener las rentas. No obstante, subraya que las innovaciones introducidas han abierto la puerta a retos complejos como la sostenibilidad de las finanzas públicas, la reaparición de las tensiones inflacionistas y la gestión de masivos fondos europeos vinculados a reformas.

Una revisión tan dilatada en el tiempo evidencia la existencia de patrones muy diferentes de los procesos de recuperación por la distinta naturaleza de los factores desencadenantes de las perturbaciones previas, por su diversa secuencia temporal, por los mo-

tores que reanimatoron el crecimiento, por el papel de las políticas y por el legado que dejaron. Pero dan una visión de las fragilidades y resistencias de la economía española, que, puestas al día, son ilustrativas de los retos a los que se enfrenta la restauración del dinamismo tras la profunda sacudida de la pandemia, todavía rodeada de elevada incertidumbre, a pesar del notable vigor y presteza con el que se ha reaccionado.

Enrique Llopis es catedrático de Historia e Instituciones Económicas de la Universidad Complutense. José Luis Malo de Molina es economista.

Las grandes recuperaciones de la economía española / 1
Negocios inicia una serie con las principales etapas de expansión del país. La primera entrega analiza las transformaciones que llegaron tras la crisis de la Edad Media

Sobreponerse a la peste con una reacción lenta y desigual

POR ANTONI FURIÓ

Europa vivió su primera gran depresión al final de la Edad Media. El crecimiento tanto demográfico como económico

que había venido experimentando de manera sostenida desde el siglo XI se detuvo abruptamente en la segunda mitad del Trecentos cuando una serie de calamidades se abatieron sobre el continente y provocaron el hundimiento de su población y la desorganización de su economía. Entre ellas, la más grave fue, sin duda, la irrupción de la peste negra, el mayor desastre biológico en la historia de la humanidad, cuyo primer brote en 1348 se llevó consigo entre uno y dos tercios de la población total, aunque en la península Ibérica la media seguramente no superase el 20%. En todo caso, lo peor fue que no se trató de una epidemia aislada, y a la primera oleada siguieron otras muchas en las décadas y siglos siguientes que, aunque ya no alcanzaron la gravedad de la primera, contribuyeron a incrementar el número total de muertes y, sobre todo, dificultaron la recuperación.

A la peste se unieron las hambrunas y las guerras para crear un cuadro catastrófico generalizado. Las hambrunas eran un fenómeno recurrente en las sociedades europeas, anteriores a la llegada de la epidemia y vinculadas a las malas cosechas y a las crisis agrarias. Pero con la progresiva comercialización e integración de la economía, el abastecimiento alimentario, en particular el de las grandes ciudades, no dependía ya tanto de la producción agrícola de la propia región como de la importación de zonas cada vez más alejadas. Y las hambrunas dependían más del mercado —de la interrupción de los suministros, del acaparamiento, de la especulación— que de la meteorología.

En cuanto a la guerra, que se había vuelto casi permanente a lo largo del Trecentos, mucho más importantes que las bajas en combate eran las muertes causadas por la devastación que se



guía al paso de los ejércitos, con la destrucción de cosechas e infraestructuras, y sobre todo el exorbitante esfuerzo fiscal exigido a la población para costear las campañas militares. La nueva fiscalidad de Estado desarrollada a lo largo del siglo XIV nació fundamentalmente para financiar la guerra, para hacer frente con los subsidios e impuestos votados en cortes, o con los recaudados directamente por las ciudades y villas reales, al creciente y ya desmedido gasto bélico, que pronto provocaría el endeudamiento de las haciendas locales e, incluso, la bancarrota de algunas de ellas y la ruina de muchas economías familiares, en particular las campesinas, que veían cómo a las rentas y tributos señoriales y al diezmo eclesiástico venían a unirse ahora los impuestos reales y municipales.

Algunos autores sugieren que los problemas venían ya de mucho antes. El crecimiento habría tocado techo a finales del siglo XIII, cuando la población europea habría alcanzado unos niveles máximos, imposibles de seguir manteniendo. Esta interpretación neomalthusiana no parece aplicable a la península Ibérica, pues si la Europa de 1300 podía ser "un mundo lleno", no ocurría lo mismo al sur de los Pirineos, donde la expansión territorial de los reinos cristianos a costa de Al Andalus, y la necesidad de consolidar la con-

quista con la colonización, permitió transferir al sur los excedentes demográficos del norte. En todo caso, la conjunción de calamidades desatada desde mediados del siglo XIV se tradujo inmediatamente en un colapso demográfico y económico, con repercusiones también a medio y largo plazo, del que Europa en su conjunto y la península Ibérica en particular tardarían mucho tiempo, más de un siglo, en recuperarse.

Mano de obra

Ya desde los primeros momentos se arbitraron medidas para contener los efectos más inmediatos de la crisis. La pérdida de población había encarecido la mano de obra disponible y tanto en Castilla, la Corona de Aragón y Portugal como en Inglaterra, Francia y otros países se dictaron ordenanzas inmediatamente después de la primera irrupción de la peste en 1348, fijando los salarios de jornaleros agrícolas y artesanos, incluyendo los de las mujeres, cada vez más presentes en el mercado laboral —por la escasez de brazos masculinos— y cuya retribución no siempre era la mitad que la de los trabajadores varones —aunque fuese lo más habitual—, sino que dependía del tipo de tarea. Estas medidas de contención salarial no resultaron efectivas, como muestra su reiteración en la le-

gislación laboral, y los trabajadores, en particular los jornaleros, vivieron una verdadera "edad de oro", al crecer más los salarios que los precios y, por tanto, ser mayor su poder adquisitivo. Para contrarrestar el alza de los salarios, los propietarios también recurrieron a fórmulas más perversas, como la importación de esclavos. A principios del siglo XV, por ejemplo, algunos ciudadanos de Barcelona, descontentos con los immoderados salarios que pedían los labradores y braceros, proponían a los concejales de la ciudad que se compraran esclavos con el fin de que aquellos volviesen al salario debido y acostumbrado. El cataclismo demográfico repercutió igualmente en el aumento de los desposeídos —al que también contribuía el éxodo rural hacia las ciudades—, el abandono de muchas explotaciones agrícolas y, en general, la reducción de la superficie cultivada. Menos tierra labrada en términos absolutos, pero más cantidad proporcionalmente para los campesinos supervivientes y un incremento de la productividad media, ya que la producción agrícola se mantuvo bastante estable e incluso aumentó en algunos momentos. Ambos factores, el retroceso de la tierra cultivada y el descenso en el nú-

Pasa a la página 4

Viene de la página 3

mero de brazos para trabajarla, acelerarían a su vez la caída de las rentas señoriales, ya afectadas por su conmutación en metálico y por la inflación, en un porcentaje que oscilaba entre un tercio y la mitad. La crisis, además, había alterado los equilibrios entre los factores de producción, encareciendo la mano de obra, mientras que la tierra y el capital resultaban más abundantes y asequibles. Como consecuencia, muchos señores, sobre todo en Castilla, transformaron sus tierras de cultivo en pastos, menos intensivos en trabajo, aprovechando también los grandes espacios vacíos que la conquista y la colonización cristianas habían creado en el centro y sur de la Península y que se incrementaron con la regresión demográfica del Trecentos.

Mayor especialización

En realidad, y a pesar de sus efectos devastadores inmediatos, la crisis llevó a una profunda transformación y reajuste de las estructuras productivas, sobre las que se basó, a su vez, la posterior recuperación. En términos generales se puede decir que esta vino con —o se materializó en— una intensificación de la producción agrícola y ganadera, su creciente adaptación al mercado, una mayor especialización de los cultivos y una redistribución y concentración de la propiedad de la tierra. Este último proceso benefició en particular a los labradores más acomodados, que fueron también los principales impulsores de las innovaciones técnicas (como la extensión del regadío) y productivas (la difusión de nuevos cultivos como el arroz, el azúcar, la morera, el lino, el cáñamo, el azafrán, mucho más lucrativos). De estas élites rurales, que incluían también, junto al estrato superior del campesinado, a artesanos, mercaderes e hidalgos, vendría en parte la reactivación de la demanda, que ya no era, como lo había sido hasta entonces, fundamentalmente aristocrática y urbana.

La amplia reconversión agraria se traduciría también en una mayor comercialización del producto agrícola y ganadero que, a su vez, estimulaba la especialización. El aumento de la ganadería —que se convertiría en la principal actividad económica y fuente de riqueza en gran parte de Castilla, pero también en Aragón, el norte valenciano y Mallorca—, así como el cultivo de lino, cáñamo y morera, estaban estrechamente relacionados con el desarrollo de la industria textil lanera y sedera, tanto en la Península como en otros países a los que se exportaba la lana en bruto. Por su parte, el avance de la viña y de los cultivos hortícolas en la proximidad de las ciudades respondía en buena medida al aumento de la demanda urbana. De hecho, otra de las claves de la recuperación fue el incremento de la tasa de urbanización, gracias a una creciente y sostenida emigración del cam-

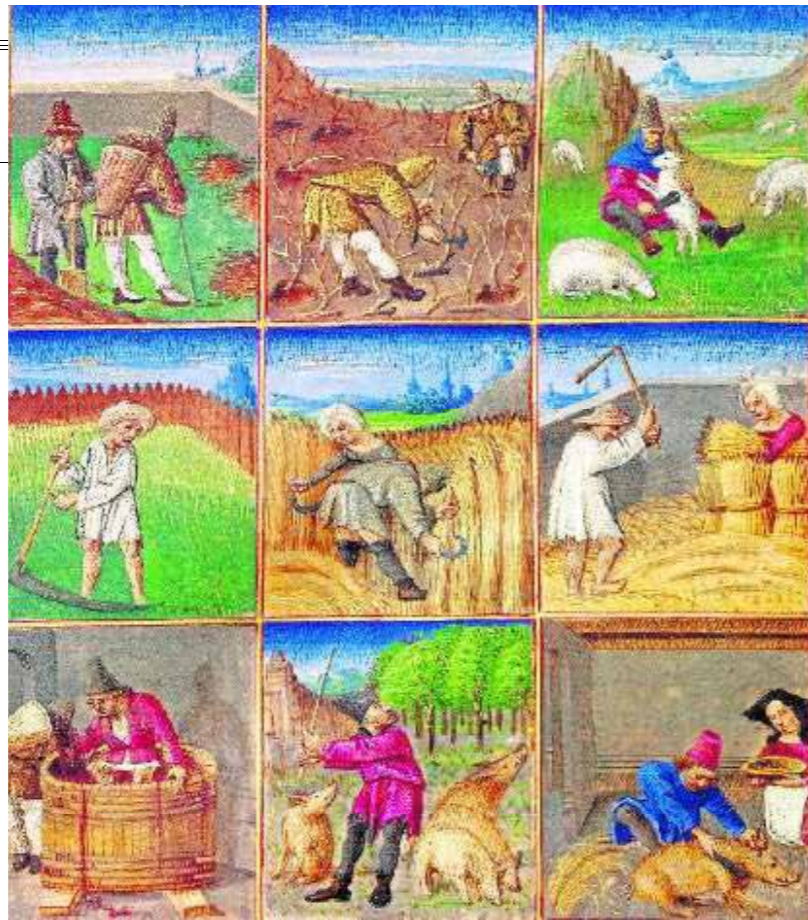
po a las ciudades, atraída por las mayores posibilidades que ofrecía el mercado de trabajo.

Por todas partes, sin embargo, la recuperación y el crecimiento agrícolas iban unidos a la expansión del trigo, que seguía siendo el más comercial de todos los cultivos al estar destinada gran parte de su producción al mercado e, incluso, a la exportación. Solo en el arzobispado de Sevilla la producción cerealista pasó de unas 30.000 toneladas en la primera mitad del siglo XV al doble en las décadas centrales (1451-1467), a 77.000 en 1484 y a 92.000 en 1503. Como muestra el gráfico que acompaña a este artículo, elaborado a partir de los datos del diezmo, la producción agrícola experimentó un fuerte crecimiento, que los autores del estudio atribuyen tanto a la expansión de la superficie cultivada como al aumento de la demanda. Por supuesto, los datos de Sevilla no son extrapolables al conjunto de la Península, pero sí que resultan indicativos de las áreas de mayor crecimiento, de más reciente colonización, y en todo caso muestran que la producción agraria crecía por encima de la población, del mismo modo que su descenso había sido menor durante el periodo de regresión demográfica.

Con todo, la recuperación fue lenta, con altibajos y asimétrica, con ritmos regionales muy diversos en los distintos reinos ibéricos, del mismo modo que había sido muy diferente el impacto de la crisis. Castilla, en donde la incidencia de la peste había sido menor, daba muestras ya de reactivación —demográfica y económica— a partir de las primeras décadas del siglo XV, aunque el crecimiento se vio interrumpido por una nueva contracción entre 1460 y 1470, tras la cual la recuperación continuaría hasta más allá de los tiempos medievales.

Las cosas fueron muy distintas en la Corona de Aragón y Portugal, en donde la reconstrucción fue más tardía. En realidad, en Cataluña la crisis se había superado ya a finales del Trecentos y principios del Cuatrocientos, cuando se produjo un nuevo crecimiento neto de la economía, el comercio exterior con Oriente Próximo alcanzó su cenit, el comercio interior se mantuvo en niveles altos y la creación de la Taula de Canvi, un ejemplo pionero de banca pública, contribuyó a la reducción de la deuda municipal. Sin embargo, desde las primeras décadas del siglo XV se sucederían las fases de recesión y recuperación hasta que la guerra civil, las revueltas remensas y el cierre del Mediterráneo oriental ante el avance turco acabarían por hundir a la economía catalana en una severa depresión, a pesar del redreç impulsado por Fernando el Católico y en contraste con el crecimiento que experimentaban otros reinos de la Corona, como el de Valencia, convertido en pulmón financiero de la monarquía.

No hay duda de que la peste y las demás calamidades de la segunda mitad del Trecentos ha-



Calendario del siglo XV con distintas escenas de las labores del campo. CHRISTOPHEL FINE ART (GETTY IMAGES)

Sectores

La recuperación vino de la mano de una intensificación de la producción agrícola

Asimetría

Castilla, donde la incidencia de la peste fue menor, lideraba la reactivación

Comercio

Ferias como la de Medina del Campo fueron el germen de un mercado único

bían sumido a las economías de los reinos ibéricos, como también al resto de Europa, en una profunda depresión. Pero ya desde finales de esta misma centuria se habían seguido las primeras muestras de recuperación, que se confirmarían y afianzarían a lo largo del siglo XV, tras las grandes transformaciones y reajustes que la propia crisis había propiciado. Entre ellas, la reconversión agraria, con el incremento de la ganadería (como ocurría también en Inglaterra, en donde las tierras de labor retrocedían ante los pastizales), la introducción de nuevos cultivos y las mejoras técnicas y productivas. Todo ello resultaría en una importante mejora en la productividad, principalmente agrícola, y en la calidad, especialmente en la industria, que haría más competitiva la producción ibérica y reforzaría su posición en el gran comercio internacional. Lejos de situarse en los márgenes o la periferia de Europa Occidental, la España bajomedieval ocupaba un lugar importante, gracias a sus altos niveles de urbanización, la creciente comercialización de su economía, el desarrollo de sus instituciones —que aquí apenas se ha podido esbozar— y el proceso de construcción estatal de los reinos que compartían la Península y competían por imponer su hegemonía.

Integración

En todos los sectores, el paso decisivo fue el cambio de la producción doméstica para el autoconsumo a la producción para el mercado, así como la cada vez mayor integración de este último. España no solo era una península dividida políticamente en varios reinos, sino que dentro de cada uno de ellos había también una gran diversidad regional, que generaba complementa-

riedad, pero que al mismo tiempo tenía que hacer frente a una gran competencia productiva. La integración era, en primer lugar, local, al nivel de las ciudades y sus respectivas áreas de influencia, en donde ferias y mercados contribuían a la homogeneización de pesos y medidas, monedas y marco legal.

A su vez, estas esferas locales se articulaban e integraban en espacios más amplios en torno a las grandes capitales regionales. Y si bien no se llegó a una verdadera integración interregional dentro del mismo reino, y menos aún en el conjunto de la Península, algunas de las ferias más importantes, como las de Medina del Campo, adquirieron el carácter de "ferias generales", a las que acudían mercaderes no solo de todos los reinos hispánicos, sino también de otros países, al mismo tiempo que los mercaderes ibéricos quedarán al rededor del medio centenar y la suma de las ayudas no alcanzará ni la mitad de la dotación inicial.

Todo empezó después del rescate de 53 millones concedido a Plus Ultra Líneas Aéreas, el tercero de los aprobados tras Air Europa (de 475 millones de euros y el único autorizado en 2020) y Duro Felguera (120 millones), en marzo del año pasado. Algunos partidos políticos cuestionaron esa inyección de capital al considerar que la aerolínea no era estratégica para el país y que respondía a un trato de favor por parte del Gobierno. Manos Limpias llevó la denuncia a los tribunales, donde se suspendió temporalmente la ayuda pública. Todos estos tropiezos llevaron a la SEPI a detener sus actuaciones.

"El ruido que se levantó con la operación de Plus Ultra hizo que el fondo se paralizase", relata uno de los múltiples consultores designados por la empresa pública para apoyar en los análisis de los expedientes de las compañías solicitantes. "Si hasta marzo recibíamos una invitación cada semana o 15 días, durante tres o cuatro meses dejaron de llegar y a partir de

Antoni Furió es catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Valencia.

Próximo capítulo:

Respuestas a la crisis del Seiscentos. Por Gabriel Jover

El fondo de la SEPI se queda a medias

La polémica suscitada en torno al rescate de Plus Ultra ralentiza el procedimiento de la sociedad pública, cuyas ayudas no llegarán a 5.000 de los 10.000 millones previstos

POR CARMEN SÁNCHEZ-SILVA

A penas quedan 130 días para que concluya la prórroga de seis meses que Bruselas dio al Fondo de Apoyo a la Solvencia de Empresas Estratégicas gestionado por la Sociedad Estatal de Participaciones Industriales (SEPI), al que acudieron 69 empresas españolas para pedir la financiación que no obtenían de ninguna otra manera para poder sobrevivir; en concreto solicitaron 5.345,4 millones de euros. Una pequeña cantidad si se tiene en cuenta que este fondo, dotado con 10.000 millones de euros, podría haberse ampliado.

Aunque para la SEPI sea una buena noticia que la ayuda no haya llegado a su cuantía máxima porque demuestra que no se ha necesitado, que las empresas se han recuperado antes de lo esperado, lo cierto es que este instrumento concebido como una solución a los problemas de solvencia empresarial ha estado lejos de sus objetivos. No solo porque desde que fue creado, en julio de 2020, haya aprobado 17 expedientes con préstamos asociados por importe de 2.040 millones de euros, el 38% de lo solicitado. De ellos, cuatro validados por el Consejo de Ministros el pasado viernes: los 340 millones de Técnicas Reunidas, los 85 millones de Grupo Wamos, matriz de la agencia de viajes Nautalia; los 45 millones de Global Exchange y los 34,5 de Ferroatlántica. También porque el número de empresas apoyadas quedará alrededor del medio centenar y la suma de las ayudas no alcanzará ni la mitad de la dotación inicial.

La propia entidad reconoce esa ralentización por el impacto de la judicialización. Además del tiempo que le llevó el proceso de reorganización interna, con el nombramiento de la nueva presidenta, Belén Gualda, y la creación de una dirección específica para el fondo, que es una actividad nueva que ha venido para quedarse, dice. Si bien desde la SEPI insisten en su buen hacer con la ayuda a Plus Ultra (que abarca 700 documentos) y afirman que los análisis y tramitaciones siguen siendo los mismos. Y suponen, según una empresa que ha recibido los préstamos partici-



Desde que la SEPI aprobó los 53 millones de euros para Plus Ultra ha extremado las precauciones en el procedimiento.

ALAMY STOCK PHOTO

ahí se ralentizaron los procesos de una forma increíble que hace que ahora haya unos 40 expedientes pendientes de autorización", añade. "El retraso se debe al exceso de celo de la SEPI tras la polémica", apoya otro consultor que también pide anonimato.

La propia entidad reconoce esa ralentización por el impacto de la judicialización. Además del tiempo que le llevó el proceso de reorganización interna, con el nombramiento de la nueva presidenta, Belén Gualda, y la creación de una dirección específica para el fondo, que es una actividad nueva que ha venido para quedarse, dice. Si bien desde la SEPI insisten en su buen hacer con la ayuda a Plus Ultra (que abarca 700 documentos) y afirman que los análisis y tramitaciones siguen siendo los mismos. Y suponen, según una empresa que ha recibido los préstamos partici-

De las 69 empresas que han pedido apoyo, 17 lo han obtenido, cuatro esta semana

Algunas compañías han optado por acudir al fondo de Cofides y ya tienen los préstamos

pativos y ordinarios que ofrece la sociedad pública a plazos de entre cinco y siete años, "que miren hasta debajo de la mesa".

Tensa espera

Hesperia forma parte de la veintena de compañías que acudieron a la SEPI entre finales de 2020 y marzo de 2021 y todavía están pendientes de resolución, al igual que Celsa, Abengoa, Naviera Armas, Grupo Juliá, Mediapro, Room Mate o el fabricante de los helados Farggi. Fuentes próximas a la hotelera reconocen que la ayuda está tardando mucho, que llevan casi un año de conversaciones con la SEPI, trabajando en el plan de negocio e intercambiando información, aunque no tienen visibilidad sobre cómo va la operación. "Hasta que no pase al comité interno donde se decide si la SEPI está dispuesta a dar el préstamo, no sabremos cuándo podrá llegar", aseguran. Hesperia pide 55 millones de euros para reforzar su liquidez, "en un momento en el que es muy complicado negociar con los bancos, que no están apoyando a las empresas".

La SEPI afirma que en las próximas semanas se culminarán la mayoría de los análisis y el 30 de junio no quedará operación sin estudiar. La entidad ha rechazado expedientes (algunos por sobre-dimensionar la inyección de capital) y también ha visto cómo con

ANÁLISIS

Millones de folios

El procedimiento que sigue la SEPI para garantizar que las empresas que acuden al fondo de solvencia son viables, estratégicas y tienen capacidad de repago es muy complejo. Es otro de los motivos de los retrasos para unas ayudas cuyo periodo de tramitación se fija en seis meses (aunque el contador puede detenerse cuando la entidad pública reclama más información, y depende también de la diligencia del solicitante). En lo que más se fijan los informes es en que "la compañía sea viable, en que pides el dinero que necesitas y que se puede cumplir el plan de viabilidad que presentas. De hecho, cada mes se vigila el cumplimiento de ese plan", señalan fuentes de Avoris, a la que se ha concedido préstamos por valor de 320 millones de euros a devolver en seis años. Según los expertos consultados, demostrar la condición de empresa estratégica y que con los créditos públicos va a ser capaz de remontar y, por tanto, devolverlos son los puntos críticos.

el transcurso de los meses algunas de las empresas recurrirán a otros cauces para salvaguardar su actividad. La hotelera Selenta vendió una cartera de establecimientos a un fondo de inversión, y otras como la agencia de viajes Pangea optó por acudir al fondo de Cofides, mucho más ágil; al igual que hicieron Lladró, Tres Mares, Cegsedren o Manufacturas Metálicas, cuyas ayudas ya han sido aprobadas.

A Cofides han llegado desde septiembre un total de 77 solicitudes, de las que 57 cumplen los criterios del fondo, dotado con 1.000 millones, y suman un importe de 577 millones de euros. Han recibido el visto bueno 12 operaciones, según el director general de la sociedad, Rodrigo Madrazo.

Aunque aún queda tiempo para poder recurrir al fondo de la SEPI, la empresa no prevé nuevas peticiones, ya que en los últimos cuatro meses no ha entrado ninguna. Desde septiembre ha contratado asesores externos para tramitar los expedientes de Grupo Áreas (120 millones), Grupo Siro (100), Air Nostrum (103), Vicens Vives (25), Vivanta (40), Volo-tea (185), las hoteleras Vincii (45), Silken (32) y Blue Sea (40); Pacard (32), Isastur (25), Imasa (25), Vicinay (25), Meeting Point (66) y Bluebay (50). La mitad de todas las inyecciones reclamadas son del sector turístico y la otra mitad se reparte entre el industrial y los servicios, según la entidad.